

Capítulo 8

La persistencia del imperialismo

"Los Estados Unidos parecen destinados por la Providencia a plagar a América Latina de miserias en nombre de la libertad"
Simón Bolívar

El objetivo radical repetidamente declarado en las páginas de Imperio contribuir a la creación de "una estructura teórica general y (que) constituya una caja de herramientas conceptuales que permitan teorizar y actuar en el imperio y contra él" se derrumba a tierra como producto de la incurable debilidad del análisis. Desafortunadamente, la caja de herramientas carece de algunos de los instrumentos más elementales para teorizar sobre el imperio y, mucho más, para luchar en su contra. Podríamos sintetizar esta crítica final diciendo que la falla crucial del libro se encuentra en sus graves errores de diagnóstico y la total desconexión o incompatibilidad entre un marco teórico de naturaleza indiscutible mente conservadora o, en el mejor de los casos, confusa deriva do principalmente del saber convencional del neoliberalismo que exalta la globalización y "naturaliza" al capitalismo, y la visión borrosa de una nueva sociedad y un nuevo orden internacional a construir sobre premisas radicalmente diferentes. Si el diagnóstico es equivocado, la construcción social y política está condenada al fracaso. La fragilidad del análisis salta a la vista desde el mismo prefacio del libro. La autoridad citada para definir el concepto fundamental que le otorga su nombre al libro no es Lenin, Bujarin, Luxemburg o, en nuestros días, Samir Amin, André Gunder Frank, Immanuel Wallerstein, Eric Hobsbawm, Samuel Einsestadt, Pablo González Casanova, Agustín Cueva, Alonso Aguilar, Helio Jaguaribe, John Saxe-Fernández, James Petras o tantos otros estudiosos que han contribuido a nuestra comprensión sobre el tema. No. Quien aparece es Maurice Duverger, un politólogo francés confortablemente instalado en las corrientes más convencionales de la disciplina y un académico que jamás fue asociado a ninguna de las vertientes del pensamiento crítico. Estas limitaciones son aún más conspicuas cuando uno observa la facilidad con la cual nuestros autores asumen como propias las definiciones convencionales de los teóricos gerencialistas que conciben a la globalización como un proceso "irresistible e irreversible" ante el cual los estados democráticos deben caer de rodillas doblegados por su sola presencia. No es preciso ser demasiado perspicaz para reconocer en esta formulación esa vieja trampa de los ideólogos burgueses para los cuales el capitalismo no es otra cosa que el despliegue "natural" de los impulsos adquisitivos y egoístas del ser humano, y cualquier otra cosa que no sea capitalismo es "artificial" o producto imprudente de la voluntad política. De ahí a admitir también que su mera irresistibilidad e irreversibilidad no nos deja alternativas hay un solo paso, con lo cual quedamos firmemente instalados en el corazón mismo del pensamiento neoliberal. Es increíble que H&N no hayan prestado atención a los sensatos comentarios que hiciera no hace mucho un genuino liberal norteamericano, de sólidas convicciones socialdemócratas. Nos referimos a John K. Galbraith, quien agudamente sostuvo que "la globalización no es un concepto se rio. Nosotros, los norteamericanos, lo inventamos para ocultar nuestra política de penetración económica en el exterior" (Galbraith, 1997: p. 2).

La clamorosa inconsistencia entre análisis y objetivos políticos se revela también cuando el lector se pregunta hasta qué punto la "lógica global" del sistema está atravesada por contradicciones que, en su desenvolvimiento, puedan eventualmente conducir al colapso del sistema y a la preparación de las bases materiales y culturales para construir uno alternativo. Lo anterior es particularmente serio cuando uno descubre que nuestros autores parecen no

tener la menor conciencia de la continuidad fundamental que existe entre la supuestamente "nueva" lógica global del imperio, sus actores fundamentales, sus instituciones, normas, reglas y procedimientos, y la que existía en la fase presuntamente difunta del imperialismo. H&N parecen no haberse percatado de que los actores estratégicos son los mismos, las grandes empresas transnacionales pero de base nacional y los gobiernos de los países industrializados; que las instituciones decisivas siguen siendo aquellas que signaron ominosamente la fase imperialista que ellos ya dan por terminada, como el FMI, el Banco Mundial, la OMC y otras por el estilo; y que las reglas del juego del sistema internacional siguen siendo las que dictan principalmente los Estados Unidos y el neoliberalismo global, y que fueran impuestas coercitivamente durante el apogeo de la contrarrevolución neoliberal de los años ochenta y comienzos de los noventa. Por su diseño, propósito y funciones estas reglas del juego no hacen otra cosa que reproducir incesantemente y perpetuar la vieja estructura imperialista bajo un ropaje renovado. Estaríamos mucho más cerca de la verdad si parafraseando a Lenin dijéramos que el imperio es la "etapa superior" del imperialismo y nada más. Su lógica de funcionamiento es la misma, como iguales son la ideología que justifica su existencia, los actores que la dinamizan y los injustos resultados que revelan la pertinaz persistencia de las relaciones de opresión y explotación. En los análisis de Marx las contradicciones en el desenvolvimiento de la sociedad burguesa la conducían hacia su propia superación. La lógica del desarrollo social estaba presidida por las luchas de clases y las contradicciones entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción. El problema con los análisis de H&N es que la nueva lógica global de dominio que supuestamente preside el imperio imaginado por nuestros autores carece de contradicciones estructurales o que le sean inherentes. La única que aparece es la amenaza que eventualmente podría llegar a representar la multitud, si es que ésta despierta del sopor en que se encuentra y en el que es mantenida por obra y gracia de los medios de comunicación de masas y la industria cultural de la burguesía. Pero, aún suponiendo que esta posibilidad se actualice, nada hay en el libro que pueda convencer al lector de que entre el imperio y la multitud existe una contradicción estructural y, por eso mismo, insalvable. Por el contrario, sería posible extender el argumento de nuestros autores hasta el punto de decir que si los gobernantes actúan con astucia se encuentran en buena posición para absorber las demandas de la multitud relajando las normas migratorias o estableciendo progresivamente un ingreso garantizado universal. Episodios en los cuales las clases dominantes se vieron forzadas a adoptar políticas progresistas para contener la marea popular y cooptar a potenciales adversarios no han sido infrecuentes en la historia política del siglo XX, y las dos medidas enunciadas más arriba de ninguna manera son incompatibles con la supervivencia de las relaciones capitalistas de producción ni con la continuidad del imperialismo.

En los años ochenta el neoliberalismo venció una batalla estratégica por el sentido de las palabras utilizadas en el habla cotidiana. En vastos territorios del globo la palabra "reforma" fue exitosamente utilizada para designar lo que cualquier análisis mínimamente riguroso no hubiera vacilado en calificar de "contrarreforma". Las mentadas "reformas" se materializaban en políticas tan poco reformistas como el desmantelamiento de la seguridad social, la reducción de las prestaciones sociales, los recortes en los presupuestos en salud, educación y vivienda, y la legalización del control oligopólico de la economía. La palabra "desregulación", a su turno, fue activamente promovida por los ideólogos neoliberales y gerencialistas tan profusamente citados en Imperio para aludir a un proceso por el cual se suprimían las intromisiones gubernamentales en la economía a fin de restaurar la "autorregulación natural" de los procesos económicos. De hecho, lo que la "desregulación" significa es que las pretéritas regulaciones establecidas por los gobiernos democráticos y que remitían, de alguna manera, a un cierto grado de soberanía popular fueron desterradas, con lo que la capacidad para regular el

funcionamiento de los mercados quedó en las manos de sus actores más poderosos, los oligopolios. Las capacidades gubernamentales de regulación fueron privatizadas y transferidas a las grandes empresas. Tal como Samir Amin lo ha escrito, "todos los mercados están regulados, y sólo funcionan bajo esa condición. La cuestión es conocer quién los regula y cómo" (Amin, 2001: p. 26). Para concluir: todo el sentido común de las dos décadas finales del pasado siglo estuvo saturado por los contenidos de la ideología neoliberal. Una prueba más de ello es la increíble aceptación que tuvo el dogma de que las empresas públicas eran necesariamente ineficientes o producían bienes y servicios de mala calidad, o que el estado era un mal administrador, o que las empresas privadas satisfacían las demandas y los reclamos de los consumidores, que los oligopolios promovían el progreso social a través de la más irrestricta libertad de los mercados y que, por último, tal como lo rezaba la "teoría del derrame", si los ricos se enriquecían aún más llegaría el momento en que la riqueza concentrada en las alturas de la estructura social comenzaría a derramarse hacia abajo favoreciendo el progreso de los más pobres. Hoy por hoy, todas esas patrañas se encuentran enfrentadas ante una crisis terminal.

Durante mucho tiempo la hegemonía del neoliberalismo fue no sólo económica e ideológica sino también política. También en este terreno se observa un retroceso. La economía no responde, y luego de más de veinte años de dolorosos experimentos los resultados son terribles. La Argentina es tan sólo el caso más reciente, pero de ninguna manera el único, que comprueba por enésima vez cuál es el resultado final de las políticas promovidas por el Consenso de Washington. Las fórmulas políticas del neoliberalismo triunfante, cuyos arquetipos siguen siendo las siniestras figuras de Carlos S. Menem en la Argentina, Carlos Salinas de Gortari en México y Alberto Fujimori en el Perú, han demostrado su incapacidad para sostenerse en el poder y para estabilizar una nueva estructura de dominación adecuada a las necesidades de las clases dominantes del imperio. La hegemonía ideológica del neoliberalismo esa capacidad para otorgar nuevos y contradictorios sentidos a viejas palabras está sufriendo una acelerada erosión. Imperio podría bien llegar a ser un demorado capítulo de esa historia. El libro fue publicado en el año 2000 y su función real y admitimos que ésta no era la que pretendían sus autores parece ser la de hacer más "digeribles" los rasgos cada vez más atroces y odiosos del imperialismo de fines de siglo, en donde la "superpotencia solitaria", para usar la expresión de Huntington, se encontraba sumamente atareada sembrando desgracias en los más diversos rincones del planeta. Difícilmente algo podría haber sido más conveniente para los poderes imperialistas, conducidos no sin fricciones y contradicciones por los Estados Unidos, que esta representación del orden imperialista metamorfoseado en un sistema fantasmagórico, sin identificables dominadores y beneficiarios y, sobre todo, inspirado en las más elevadas nociones jurídicas de estirpe kantiana que sólo los enemigos de la libertad y la justicia podrían criticar. Mientras nuestros autores daban los toques finales a su imperio metafísico, los imperialistas se desvivían por lanzar e implementar el Plan Colombia con el declarado propósito de estabilizar la situación política y militar de ese país y controlar el tráfico de drogas en la región cuyos fondos son prolíficamente lavados en los paraísos fiscales de la región que sobreviven gracias a la complacencia de Washington. Dicho proyecto tiene también como otro de sus objetivos establecer una base estratégica en el corazón de Sudamérica para desde allí monitorear los avances del movimiento popular en Brasil, casualmente sede de dos de las más importantes organizaciones de masas del mundo occidental como el PT y el MST. Otra iniciativa imperialista de envergadura es el Plan Puebla/Panamá, tendiente a "solucionar" el conflicto aparentemente incomunicable, según H&N de Chiapas y, de paso, establecer una cabeza de playa en la mayor reserva acuífera mexicana con vistas a abastecer de ese vital líquido al sur de California. Amén de esto el imperialismo organizó una "intervención humanitaria" en la exYugoslavia, sabotea sin cesar la construcción del Mercosur a fin de

facilitar la pronta "integración" formal de las economías de América Latina a la hegemonía norteamericana por la vía del ALCA, y trabaja sin pausa para asegurar el concurso de algunos gobiernos de la región puestos de rodillas, como los de Argentina, Costa Rica y Uruguay para sancionar a Cuba por supuestas violaciones de los derechos humanos y para hacerle pagar un precio exorbitante por su indocilidad ante el imperialismo norteamericano. En otras latitudes, su activismo lo lleva a apoyar a sus aliados en Turquía para que practiquen sin temor alguno el genocidio de la minoría kurda, a que se haga lo propio con los timoreses orientales en Indonesia y con los palestinos a manos del gobierno fascista de Ariel Sharon en Israel. Pocos años antes, el imperio, supuestamente en nombre del derecho universal, había invadido Panamá masacrando a miles de civiles inocentes con el objeto de capturar al presidente Noriega, excolaborador de la CIA y la DEA, impuesto por Washington en la cima del poder estatal; había ocasionado más de 30 mil muertos en su ofensiva contra el gobierno sandinista de Nicaragua y conducido la Guerra del Golfo. En el terreno económico los imperialistas no es tuvieron tampoco demasiado inactivos: promovieron tenazmente la aprobación del Acuerdo Multilateral de Inversiones, una pieza que legalizaría la tiranía de los mercados especialmente en el Tercer Mundo, y se prodigaron en esfuerzos para asegurar que el FMI y el Banco Mundial no prestaran ni un centavo a los países que no acepten las "condicionalidades" impuestas por los ta libanes del mercado que manejan las instituciones financieras internacionales. Así, un préstamo reciente al Ecuador incluía unas ciento cuarenta cláusulas de este tipo entre ellas, despidos masivos de funcionarios públicos, reducciones presupuestarias en gastos sociales, liberación de precios, etc. y más de doscientas fueron reportadas en varios préstamos efectuados a los países del África SubSahariana, todas ellas orientadas a consolidar la presencia de las "fuerzas del mercado" en la economía. Por otra parte, el imperialismo ha venido imponiendo incesantemente en los mercados globales políticas económicas que socavan severamente la soberanía económica de los países de la periferia y disminuyen las posibilidades de desarrollar sus economías, consolidar sus democracias y responder positivamente a las expectativas de progreso material y espiritual de sus poblaciones (Stiglitz, 2000). Leo Panitch señaló en relación a este asunto que un informe del Banco Mundial demuestra que el mismo año en que el MIA fue abortado "hubo no menos de 151 cambios en las regulaciones que gobiernan a las inversiones extranjeras directas en 76 países, y 89% de ellas fueron favorables al capital extranjero" (Panitch, 2000: p. 16). Pablo González Casanova, por su parte, ha desarrollado una metodología para el estudio de las transferencias de excedentes desde la periferia terciermundista hacia el capitalismo metropolitano. En los veintitrés años comprendidos entre 1972 y 1995 el volumen de dichas transferencias succionadas por las clases dominantes del imperio llegó a la fabulosa cifra de 4,5 billones de dólares (o sea, 4,5 millones de millones de dólares); cálculos efectuados a la luz de esta metodología para América Latina exclusivamente por Saxe-Fernández y Núñez arrojan una cifra "que supera los 2 billones de dólares tributados en dos décadas de neoliberalismo globalizador, cifra cuya magnitud equivale al PIB combinado de todos los países de América Latina y el Caribe en 1997" (González Casa nova, 1998; Saxe-Fernández y Petras, 2001: pp. 105 y 111).

En una palabra, la opresión imperialista prosigue imperturbable su curso mientras que una patrulla extraviada de académicos radicales proclama que la edad del imperialismo ha concluido y exalta la figura de San Francisco de Asís como paradigma de la renovada militancia en contra de los espectros de un imperio inasible, indefinible, inhallable y, por eso mismo, imbatible. Lo que los teóricos del imperialismo como Brzezinski y Huntington re conocen abiertamente, mágicamente desaparece de la visión de la "crítica radical" al imperio. Mientras tanto, unas 100 mil personas por día mueren en la periferia debido al hambre, la desnutrición y las enfermedades curables debido a la ininterrumpida continuidad de las

exacciones de este imperio, presuntamente sin imperialismo que día a día produce un baño de sangre, esas personas mueren sin recibir una mínima atención médica. Cada año un país del tamaño de España, Argentina, o Colombia es borra do de la faz de la tierra en nombre del infame "nuevo orden económico internacional", un orden que, si hemos de creer a H&N, ya ha dejado de ser imperialista (PNUD, varios años).

El empecinamiento de H&N en defender sus erróneas concepciones se acentuó, luego de la publicación de su libro, en una entrevista que Negri le otorgó a Le Monde Diplomatique. Este autor insistió en su posición de que el imperio carece de base nacional y que es la expresión de un orden internacional creado por "el capital colectivo" una vez que emergió victorioso de la larga guerra civil del siglo XX. "Contrariamente a lo que sostienen los últimos defensores del nacionalismo, el imperio no es norteamericano; además, a lo largo de la historia los Estados Unidos han sido mucho menos imperialistas que los británicos, los franceses, los rusos o los holandeses" (Negri, 2001: p. 13). De acuerdo con Negri los beneficiarios del imperio son ciertamente los capitalistas norteamericanos, pero también sus contrapartes europeas, los magnates que construyeron sus fortunas con la mafia rusa y los ricachones del mundo árabe, o de Asia, África o América Latina, quienes envían sus hijos a Harvard y sus dineros a Wall Street. Claramente, en esta pseudototalidad del imperio y en su insoportable vacuidad no sólo no hay espacio teórico para distinguir entre explotadores y explotados sino que tampoco existe un espacio como para concebir a la coalición dominante como algo distinto a un indiferencia do amasijo de capitalistas. De este modo, y a partir de esta esterilidad analítica, el "capital colectivo" obra el milagro de controlar a la economía mundial ¡recuerde el lector que apenas doscientas megacorporaciones transnacionales, el 96% de ellas con sus casas matrices en sólo ocho países, tienen un volumen combinado de ventas que supera al PBI de todos los países del globo excepto los nueve mayores! sin estructuras, organizaciones, instituciones, jerarquías, agentes, reglas y normas 11. Además, si llegara a surgir algún conflicto en su interior éste sería meramente accidental o circunstancial, y se resolvería fácilmente apelando a la buena voluntad de las partes. De un plumazo el orden mundial creado por la hegemonía norteamericana en la posguerra se desvanece frente a nuestros ojos, y los magnates de la mafia rusa parecen tener la misma gravitación que sus contrapartes norteamericanas. Las principales instituciones modeladoras del orden imperialista internacional el FMI, el Banco Mundial, la OMC, la OTAN, la OECD y otras análogas parecieran no tener más relación con Washington que la que guardan con la familia de Osama Bin Laden o de algún otro magnate del mundo árabe, pese a que los intelectuales orgánicos del imperio insisten en caracterizarlas como parte informal del gobierno norteamericano. En esta visión fantasmagórica del imperio las "condicionalidades" de las instituciones financieras internacionales serían dictadas por un billonario árabe, un banquero portugués, un ballenero del Japón, un oligarca latinoamericano y, por supuesto, un empresario norteamericano. Del mismo modo, los movimientos erráticos de las Naciones Unidas son el resultado de la puja entablada entre los sujetos arriba mencionados. No ha ce falta ser un experto en relaciones internacionales para demostrar la falsedad de toda esta argumentación. Los recientes acontecimientos ocurridos en Venezuela el fracasado "golpe de estado" en contra de Hugo Chávez despejan cualquier duda acerca de la persistente presencia opresiva del imperialismo. Un golpe que la CIA venía preparando desde hacía más de un año, bendecido horas después de producido, en un gesto de soberbia rayano en la estupidez, por el vocero presidencial de la Casa Blanca (violando las resoluciones de la OEA que Washington impulsara cuando tal cosa le convenía) y que de inmediato contó con la "desinteresada" colaboración del FMI que, sorprendentemente y sin que nadie lo solicitara, ofreció su ayuda al nuevo gobierno cuando éste había sido tan sólo reconocido por los Estados Unidos y su lacayo euro peo, José M. Aznar, cuando la situación aún no se había

definido. Este gesto del FMI ratifica por enésima vez que ese "organismo multilateral" es, en realidad, una dependencia menor de la Casa Blanca.

Estos antecedentes, invalidan por completo la interpretación que, en continuidad con los temas desarrollados en Imperio, Negri hiciera en una reciente entrevista:

"Pensamos que no hay un lugar de centralización del imperio, que es preciso hablar de un no lugar. No decimos que Washington no sea importante: Washington posee la bomba. Nueva York posee el dólar. Los Angeles posee el lenguaje y la forma de la comunicación" (Albiac, 2002: p. 2).

Huelgan los comentarios.